

## EL GRITO COLOMBINO DE « ¡TIERRA! » EN EL RELATO DE PEDRO GÓMEZ VALDERRAMA

Pedro Gómez Valderrama (1923-1992), poeta, narrador y ensayista (además de abogado y político) colombiano de la Generación de 1940 de su país <sup>1</sup>, escribió un breve cuento llamado *¡Tierra...!*, publicado por primera vez en 1960 <sup>2</sup>, en el que relata un momento crucial, y ya legendario, del viaje de Cristóbal Colón: la víspera y el avistamiento de tierra.

El propósito de este artículo es leer ese cuento en relación con sus fuentes histórico-literarias, para ver de qué manera esta narración trabaja con la escritura del descubrimiento y cómo interpreta ese acontecimiento. Esto a partir del entendido de que los discursos (europeos o criollos o indígenas) sobre el descubrimiento, la conquista y la colonización de América aún no han terminado, como señalan Jara y Spadaccini:

These discourses did not become extinguished with the end of the Colonial period but are felt in a significant body of contemporary writing. The

---

<sup>1</sup> Véase para los datos respectivos el ensayo de EDUARDO PACHÓN PADILLA, *Ei cuento: historia y análisis*, en *Manual de literatura colombiana*, págs. 544-550. También el artículo de JAIME POSADA, *Evocación de Pedro Gómez Valderrama: Las ideas y las letras*, págs. 4-5. Entre las obras literarias de P. G. V. se cuentan: *Norma para lo efímero* (poemas, 1943), *Biografía de la campana* (poemas, 1946), *Muestras del diablo* (crónicas y relatos, 1958), *El retablo de maese Pedro* (cuentos, 1967), *La procesión de los ardientes* (cuentos y una novela corta, 1973), *Invenções y artificios* (relatos, 1975), *La otra raya del tigre* (novela, 1977), *La nave de los locos* (narraciones, 1984), *Más arriba del reino* (cuentos, 1990).

<sup>2</sup> Recogido posteriormente en su colección de relatos *El retablo de maese Pedro* (Bogotá, Espiral, 1967, págs. 7-13), y antologado por FERNANDO ARBELÁEZ en sus *Nuevos Narradores colombianos*, págs. 55-59, donde aparecen también narraciones de JORGE GAITÁN DURÁN, GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ y ÁLVARO MUTIS. Las citas provienen de esta antología (bajo la abreviatura *Nnc* + la pág., pues esta edición del relato es idéntica a las anteriores, menos accesibles).

reason for their continued presence is that the shadow of Colonialism is still part of the reality of present-day Spanish America <sup>3</sup>.

Aunque, ciertamente, la razón que dan estos críticos no tiene por qué ser la única para que se produzca el fenómeno que ellos destacan. Cabe también pensar, sin pretender encontrar signos colonialistas en el presente o una perspectiva que aluda directamente a ese sentido, que ello se deba a la permanente reinterpretación que el hombre hace de su historia, en la que tales signos pueden darse como una de sus múltiples focalizaciones <sup>4</sup>.

Precisamente es esta intención reinterpretativa de la historia lo que caracteriza la narrativa de Gómez Valderrama y en la que se inscribe el cuento que aquí se estudia. Para el autor “la historia se reescribe siempre. Cada época la reescribe” y la literatura tiene la posibilidad de alumbrarla, sobre todo en el espacio de lo no dicho; con las luces de la ficción —de una ficción que se propone como una “conjetura histórica” <sup>5</sup>—, problematizando, en consecuencia, sus fronteras y mostrando que cada una incluye de alguna manera a la

<sup>3</sup> *Introduction: Allegorizing the New World*, en su *1492-1992: ReDiscovering Colonial Writing*, págs. 9-10.

<sup>4</sup> En todo caso, esta situación se presenta en la novela *La otra raya del tigre* (Madrid, Alianza, 1986; primera ed., 1977), donde se relata la vida de un hombre (llamado Lengerke) que llega de Alemania a Colombia, a mediados del siglo XIX, “recién salida del sistema colonial, minada por las guerras civiles y sometida a un lento proceso de modernización”. Véanse para esto el ensayo de CÉSAR VALENCIA SOLANILLA, *La novela colombiana contemporánea en la modernidad literaria*, en *Manual de literatura colombiana*, págs. 484-488; también los comentarios de FERNANDO AYALA POVEDA, en su *Manual de literatura colombiana*, págs. 343-345, y de YOLANDA FORERO VILLEGAS, *La otra raya del tigre de Pedro Gómez Valderrama: Discurso reestructurativo de la historia de la raza santandereana*, en JONATHAN TITTLER (ed.), *Violencia y literatura en Colombia*. Hay que considerar también que desde muy temprano la obra de Gómez Valderrama se expresa como un ‘testimonio’ de permanente trabajo ‘por la libertad’, sea desde una perspectiva histórica o desde una preocupación política más inmediata, donde el problema de ‘América’ (y, por supuesto, la figura de Colón) ocupa un sitio muy notorio, *cfr.*, las declaraciones del escritor en JAIME POSADA, *op. cit.*, pág. 5. Puede verse además su ensayo *El engañado*, donde el escritor explica el nacimiento de la conciencia moderna de la libertad a partir de un análisis de la mentalidad medieval, en JORGE RUIZ y J. G. COBO-BORDA, *Ensayistas colombianos del siglo XX*, págs. 247-260.

<sup>5</sup> “La historia está llena de misterios: la conjetura histórica no es sino una manera de intentar resolver el misterio”, le dice el autor a W. F. TORRES SILVA, en *Entrevista con Gómez Valderrama*, págs. 53-54. Véanse también algunas de las reflexiones teóricas que Alfredo Pavón hace a este respecto para acometer el análisis de un cuento del autor: “los textos se imbrican con la realidad, mas esto ocurre en un nivel más profundo, más complejo que la

otra. Lo anterior no deja de tener relevancia si se reconoce que la oscilación entre la historia y la literatura es algo que no ha podido ser resuelto cuando se abordan las obras que pertenecen al corpus historiográfico (crónicas, relaciones, etc.) de los tiempos de la conquista española, comenzando, por supuesto, por el *Diario de Colón* <sup>6</sup>.

Esta relación indisoluble entre la historia y la literatura (ambas ocupadas por la narración de hechos), además de los procedimientos estilísticos y las configuraciones genéricas, es lo que ha servido de base para comparar los relatos de Gómez Valderrama con los de Jorge Luis Borges. Juan G. Cobo-Borda, en su ensayo sobre la célebre revista *Mito* —de la que Gómez Valderrama fuera coeditor—, se refiere a ellos como “los borgianos informes apócrifos de P. G. V., demasiado exactos para no ser ciertos” <sup>7</sup>. En efecto, siempre, desde los títulos, hay en el autor “un elemento significativo de aproximación a la historia y a los principales factores que configuran nuestra identidad cultural” <sup>8</sup>. Se trata, en definitiva, de una “intención reelaboradora del pasado” <sup>9</sup>, que no pretende un sentido

---

armadura diegética, un nivel donde historia, ideología y literatura contactan estrechamente, articulando contenidos que tampoco pueden someterse a una práctica analítica basada en los criterios verdad/falsedad pues la orientación ideológico-política de un producto literario cualquiera no es falsa o verdadera: *es simplemente*”, es una versión de los hechos en que se cruzan esas tres corrientes discursivas, en « *La aventura de la nieve* » o *las deformaciones de la realidad*, págs. 106-107sigs.

<sup>6</sup> Véanse las consideraciones de BEATRIZ PASTOR, *Silence and Writing: The History of the Conquest*, en RENÉ JARA y NICHOLAS SPADACCINI, *op. cit.*, págs. 121-163. También *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia* (especialmente págs. 3-73). Y de ROILENA ADORNO, en su ensayo *Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos* (especialmente págs. 13-15).

<sup>7</sup> El fragmento concluye así: ... “todos ellos [P. G. V. y otros escritores de su generación] estaban formulando una proposición lúcida, donde la invención y la transmutación, la arbitrariedad creativa y el conocimiento científico [al que se asocia la práctica historiográfica], adquirían una resonancia mucho más precisa. Cumplían una función desmitificadora ...” en *Mito*, en *Manual de literatura Colombiana*, pág. 156. Respecto a la función de la forma o género ‘informe’ (aquí de tipo cronístico; u otros, como ‘el alegato’, ‘el memorial’) en su narrativa, véanse las explicaciones que da el autor, vinculándolo con sus prácticas de jurista y que dentro de la literatura le permite conseguir “la eliminación de lo innecesario” para entregar “la historia desnuda”, y en su caso, la emoción humana elemental que contiene, W. F. TORRES SILVA, *op. cit.*, pág. 54.

<sup>8</sup> CÉSAR VALENCIA SOLANILLA, *op. cit.*, pág. 477.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pág. 488.

arqueológico (aunque este pueda estar, y está en el rigor de la investigación que, sin embargo, no se muestra) sino, más bien, se persigue una iluminación de las fuentes (aun si estas fueran imaginarias en algunos casos) que han originado las historias que se cuentan y que dan forma (y/o deforman<sup>10</sup>) a la identidad presente, porque “siempre [según acota el escritor colombiano en la entrevista mencionada] la narración con fondo histórico está describiendo el momento mismo del autor”. Una iluminación que, en definitiva, se convierte en una “historia posible”<sup>11</sup> que descubre el carácter hipotético de toda escritura historiográfica, a la vez que el carácter lúdico de todo discurso literario en ejercicio pleno de sus facultades poéticas.

Desde los títulos queda (re)marcada aquella relación que entreteje en un solo discurso el hilo (o la voz) histórico y el literario<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Cfr. ALFREDO PAVÓN, *op. cit.*, donde analiza el problema de las diversas versiones que un hecho puede tener —en este caso el amor trágico de Emma, hija del Emperador Carlomagno, contado a través de las voces sucesivas de varios testigos o interesados en opinar sobre el asunto—, y lo que de ello se obtiene: “Todo discurso, no solo el narrativo, es deformante. En *La aventura de la nieve*, los sucesos diegéticos son alterados, bajo las exigencias de la tensión ser/parecer, hasta alcanzar el grado de irreconocibles en primera lectura, hasta aparecer ante el lector como un masacote de opiniones fragmentador de la verdad. El narrador, aspirando a lo verídico, recurre al peso veridictivo de los testimonios pues supone que esa visión global permitirá el hallazgo de la solución”. Sin embargo, la tentativa es inútil y ejemplar: “El narrador pretende escapar de los laberintos de esa tensión y proporcionarnos las claves de interpretación correctas, pero, pese a no mezclarse completamente con la historia narrada, su discurso narrativo [con ciertas intenciones historiográficas] cae también en lo deformante”, págs. 117 y 122, respectivamente. Esto mismo puede verse en otros relatos del autor, como en *Noticia de los cuatro Mensajeros*, *Historia de un Deseo* o *La procesión de los ardientes*. Esto igualmente, no cabe duda, puede confrontarse al problema de la veridicción en los escritos del Descubrimiento y la Conquista, en relación a los cuales el relato que aquí se estudia adquiere un sentido más que narrativo.

<sup>11</sup> “... en la cual se fabula con base en personajes reales pero a través de un curso diferente, y acaso más lógico ...”, y que también “puede ser la manera de explicar la historia, como puede serlo de crear otra realidad. Desde luego, la tentación permanente está en esto último, porque es donde se cumple mejor el proceso literario”, W. F. TORRES SILVA, *op. cit.*, pág. 54.

<sup>12</sup> Dentro del *corpus* de sus cuentos hay muchos ejemplos, baste mencionar del libro *El retablo de maese Pedro* los siguientes: *Homenaje a Stendhal*, *La aventura de la nieve* (que trata sobre la figura y el tiempo de Carlomagno) y *El maestro de la soledad* (que habla sobre Robinson Crusoe). Todas estas narraciones surgen a partir del hallazgo y comentario de ciertos documentos, dando siempre una perspectiva distinta (secreta muchas veces) al conocimiento común de los asuntos que tocan.

Así, Gómez Valderrama abre su vinculación con la historia, utilizando para nombrar su texto la palabra 'tierra', palabra que resulta ser todo un símbolo tanto en el texto colombino como, por lo mismo, en el suyo propio. Con este acto (bautismo) el autor sintetiza la clave de su cuento y a la vez entrega la clave de su interpretación de los hechos en torno a los momentos previos al descubrimiento. El grito de "¡Tierra ...!", con que se inicia y termina el relato de Gómez Valderrama, encierra la visión del escritor colombiano sobre un aspecto poco tratado respecto a la aventura de Colón, no obstante que ha sido prefigurado por Madariaga<sup>13</sup>, a quien Gómez Valderrama sigue muy de cerca como se verá en seguida, y por Todorov<sup>14</sup>, quien cita en su bibliografía la *Vida del muy magnífico señor ...*<sup>15</sup>. Este aspecto es la presencia y sentido del 'deseo' como un eje de la experiencia y de la narración colombina (aunque transcrita e intervenida por Las Casas<sup>16</sup>). Y digo prefigurado porque es el cuentista quien devela el profundo alcance del deseo —asociado a otras emociones, como la vitalidad y el temor a la muerte, las ambiciones materiales y espirituales, etc.—, y no el biógrafo/historiador o el lingüista/filósofo.

<sup>13</sup> SALVADOR DE MADARIAGA, *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón* (especialmente págs. 279-298).

<sup>14</sup> TZVETAN TODOROV, *La conquista de América: El problema del otro* (especialmente págs. 13-41).

<sup>15</sup> Diciendo de ella que "sigue siendo de agradable lectura, abstracción hecha de su racismo", *Ibid.*, pág. 265. Pese a esta acotación, un tanto marginadora, se siente en algunos pasajes de la obra de Todorov el provecho que éste obtuvo de esa 'agradable lectura'.

<sup>16</sup> "Solo mediante una lectura consciente de la naturaleza intertextual del sumario lascasiano y dispuesta a deconstruirla podremos empezar a ver el *Diario* original vislumbrándose como palimpsesto a través de la reescritura", MARGARITA ZAMORA: *Las casas y el «Diario» de Colón*, pág. 39. He citado este fragmento tanto para hacer notar la intervención lascasiana —y el impacto que ésta pudo haber tenido en relación al tema del 'deseo' (véase *infra* en estas páginas)—, como para proponer, a partir del acerto de Zamora, que toda la literatura sobre Colón y su *Diario*, incluidos Madariaga y Todorov, forman parte, desde un punto de vista más general y diacrónico, de ese 'palimpsesto', y, por supuesto, ¡*Tierra ...!* de P. G. V. Para un estudio cronológico y panorámico de las obras históricas y/o literarias en torno a Colón, consúltese a ILAN STAVANS, *Imagining Columbus: The Literary Voyage*. Y para una suma bibliográfica de los miles de trabajos dedicados al evento del Descubrimiento y a la figura de Colón, entre muchos temas relacionados, con motivo de la conmemoración del Quinto Centenario, DAVID BLOCK en su *Quincentennial Publishing: An Ocean of Print*.

Pero Gómez Valderrama no centra su relato en la figura del Almirante (como lo han hecho casi todos los que se han ocupado del viaje del descubrimiento<sup>17</sup>), sino que lo hace en las figuras menores, en la tripulación y, particularmente, en uno de los marineros: Juan Rodríguez Bermejo, a quien Madariaga le atribuye el rol legendario de Rodrigo de Triana, y a quien Gómez Valderrama reserva otro papel en su cuento (o versión de los hechos), aunque cita como su segundo epígrafe el pasaje en cuestión<sup>18</sup>, dando una impresión un tanto equívoca, la que más tarde se entiende mediante la comprensión del carácter desmitificador del relato, que entre otras cosas cuestiona (desde la ficción) los enunciados de verdad e, intertextualmente, suspende los esfuerzos de objetividad del discurso historicista –representado aquí por Madariaga– mostrando su carácter hipotético.

Gómez Valderrama enfoca su narración sobre este personaje porque a través de él puede mostrar la dimensión más elemental del deseo del hombre, sobre todo cuando está expuesto a situaciones límites, como son en este caso la locura (“... Juan se estremeció. Le pareció que un viento de locura los empujaba ...”<sup>19</sup>) y la cercanía de la muerte (“cuando se embarcaron, les despedían para la muerte” [...]) “Acaso ya hemos pasado los límites del otro mundo, acaso nos queda poca vida, acaso estamos muertos ...”, en la voz de la conciencia de Juan<sup>20</sup>). El deseo que, en última instancia, está ligado a la preservación de la vida, a la conjuración del peligro de muerte. Por eso es Juan el centro y no el Almirante, ya que éste expresa el

---

<sup>17</sup> Para una revisión bastante completa, además del mencionado libro de STAVANS, véase el artículo de JUAN JOSÉ BARRIENTOS, *Colón, personaje novelesco*, en el que su autor intenta configurar y contrastar las distintas interpretaciones de la historia pasada y presente a través del tratamiento que los escritores (biógrafos, dramaturgos, historiadores, narradores, etc.) han dado principalmente a la figura del Almirante, donde se revela que Colón nunca ha sido otra cosa –ya desde *Las Casas*– que un personaje, por medio del cual se hace literatura o historia, o las dos a la vez. Incluso cuando se atienden sus propias cartas, también en ellas Colón se convierte a sí mismo en un personaje, en una entidad histórico-literaria.

<sup>18</sup> “Un marinero que el Diario llama Rodrigo de Triana, pero cuyo verdadero nombre parece haber sido Juan Rodríguez Bermejo, había visto tierra desde la proa de la ‘Pinta’ ...”. *Nnc*, pág. 55; MADARIAGA, *op. cit.*, pág. 296.

<sup>19</sup> *Nnc*, pág. 56.

<sup>20</sup> *Ibid.*, págs. 55-56 y pág. 56, respectivamente. Y en Madariaga: “Aquel extranjero [Colón], aquel visionario, aquel loco, los llevaba a la muerte”, *op. cit.*, pág. 292.

deseo en otra dirección: la dimensión heroico-religiosa <sup>21</sup>, donde el temor ala muerte no es determinante. Colón es en tal sentido “el Deseante” metafísico, perteneciente a “la raza de los gigantes” (según su madre, Susana Fontanarrosa), como lo designa Abel Posse, no sin una juguetona ironía, en la novela histórico-paródica *Los perros del Paraíso*, incluso en lo que respecta a su relación con las mujeres, donde se dibuja con nitidez un solipsismo de corte idealista <sup>22</sup> que se enlaza perfectamente con su heroísmo religioso, para el que un horizonte de muerte posee un significado distinto en comparación al que produce en un personaje no heroico como Juan, aunque este también tenga una dimensión religiosa, pero se trata más bien de una devoción de tipo popular y en consonancia con la condición truhanesca del sujeto.

Así nos encontramos, tanto en el *Diario* como en el cuento (y en Madariaga), dentro de una atmósfera que es caracterizada por lo ‘desconocido’ (primero el mar, que para Colón, sin embargo, era “su elemento” <sup>23</sup>; luego la noche <sup>24</sup>; más tarde el Nuevo mundo) y por lo que esto representa para seres como Juan. Este clima produce temor (“... el temor malhumorado que a todos, uno por uno, iba ganando” <sup>25</sup>) y descontento (“Contó [Colón] a la gente cuarenta y cuatro leguas no más. Aquí la gente ya no lo podía sufrir: quejábbase del largo viaje” <sup>26</sup>).

<sup>21</sup> Dimensión en la que se centra Todorov, *op. cit.*, págs. 18-23, por ejemplo.

<sup>22</sup> “Las mujeres lo lloraban en las balconadas. Su hermana, las primas, una tía joven. Todas mujeres cómplices platónicas que el Deseante poseía metafísicamente, juntas, por separado o despedazándolas en su imaginación para recomponerlas excluyendo defectos y armonizando dones, en su laborioso amor solipsista”. He aquí al futuro Navegante, en su juventud soñadora, ABEL POSSE, *op. cit.*, pág. 22.

<sup>23</sup> MADARIAGA, *op. cit.*, pág. 279.

<sup>24</sup> “... la noche del no-ser le llamaba [a Colón]”, “pero venían las noches, una tras otra, cubriéndoles con un sudario de oscuridad y encerrándoles en una bóveda negativa [ ... ], tenían que pasar por las agonías de la duda renaciente”, MADARIAGA, *op. cit.*, pág. 279 y pág. 290, respectivamente. Y Gómez Valderrama: “pero cuando caía la noche, se le poblaba [a Juan la visión] de hombres con el rostro en el vientre...”, *Nnc*, pág. 57.

<sup>25</sup> *Nnc*, pág. 56.

<sup>26</sup> Correspondiente al Miércoles 10 de Octubre, Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, pág. 28. Y Madariaga: [la tripulación] “se irguió en su cólera tanto como había desmayado en su decepción”, *op. cit.*, pág. 292.

Aquí es, entonces, donde se sitúa Gómez Valderrama: en la noche del miércoles 10 de octubre y la madrugada del jueves 11, en las horas previas al histórico acontecimiento de ver tierra, sobre la carabela Pinta (que “era más velera e iba delante del Almirante”<sup>27</sup>), en un ambiente físico y psicológico determinado por la agonía y la ansiedad, siendo estas dos últimas las que sostienen el sentido de la interpretación (lectura) que el escritor colombiano da a sus fuentes y, por ellas, a los hechos. Su cuento desarrolla en una síntesis muy apretada el sentido orgástico<sup>28</sup> que alcanza el grito “tierra”, el que, paradójicamente, sin embargo, en la reescritura lascasiana aparece sin mayor énfasis, ocupándose el dominico, más bien, en precisar los detalles formales al respecto y en acceder pronto al encuentro entre españoles e indígenas<sup>29</sup>. En cambio, la re/escritura, o sobre/escritura, de Gómez Valderrama se configura, miméticamente, cómo la respiración humana<sup>30</sup>, *in crescendo* en la oscuridad y soledad de esa noche, pendularmente entre la agonía y el ansia, hasta desembocar ambas, escritura y anécdota, en el éxtasis.

Éxtasis doble, puesto que en el cuento de Gómez Valderrama la ansiedad aparece narrada en dos planos confluyentes: a) la obsesión colombina por encontrar tierra, y b) el auto/erotismo (factual y reminiscente) de Juan. Y ambos planos siguen el mismo

<sup>27</sup> CRISTÓBAL COLÓN, *op. cit.*, pág. 28.

<sup>28</sup> Puesto que el orgasmo *-acmé-* en todos los seres vivientes es, según REICH en su *La función del orgasmo*, el “«contraveneno» de la pulsión de muerte”, citado por ROGER DADOUN en su *Cien flores para Wilhelm Reich*, pág. 355. Pulsión de muerte que en este caso proviene de la imagen espiritualizada de Colón y de su odisea náutica, siendo el espíritu la cancelación del deseo fundamental de toda materia viviente, que no es más que el ejercicio de su sexualidad y en ella la búsqueda de su plenitud como tal, como eso de lo cual se puede predicar: “eso vive”.

<sup>29</sup> [La Pinta] “... halló tierra y hizo las señas que el Almirante había mandado. Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana, puesto que el Almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre, aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra; pero llamó a ...”; “... Y pusieron a lo corda, temporizando hasta el día viernes, que llegaron hasta la isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de indios *Guanahani*. Luego vinieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en barca armada ...”, CRISTÓBAL COLÓN, *op. cit.*, págs. 28-29.

<sup>30</sup> “La nave apenas oscilaba blandamente como si tuviese apegada al muelle. Dejé [Juan] caer la cabeza, y se quedó escuchando. Se oía la respiración de los dormidos. Una palabra entredicha, un ronquido cansado, se mezclaban de pronto al compás. Nuevamente levantó la cabeza. Había oído el aleteo de un pájaro”, *Nnc*, pág. 55.

proceso abisal de desarrollo, que va desde el deseo en estado de ilusión (de fantasía, de ensoñación) hasta el deseo en estado agónico (próximo a la muerte, al fracaso). Por una parte, un proceso de distensión (de caída, de naufragio en la mar de la noche); y, por otra, de tensión (de espera, de sobrevivencia). La respiración es a la vez desesperada y anhelante, un “compás” que en los instantes previos del desahogo se revela como el clímax de una situación insostenible por mucho tiempo <sup>31</sup>.

Todo comienza en el relato de Gómez Valderrama con un signo, con un indicio: los “pájaros”. El primer epígrafe que coloca el autor a su texto es: “... toda la noche oyeron pasar pájaros ...”, extraído, como él mismo declara, del “Diario de Colón” <sup>32</sup>. Esta cita habla, metonímicamente, de los indicios de tierra, es decir, de aquello que alimenta la ansiedad y pone al deseo a las puertas de lo que desea. También Madariaga la recoge y la comenta en este sentido: “Toda la noche oyeron pasar pájaros”. Esta línea del diario del 9 de octubre refleja maravillosamente la tensión que los tenía a todos observando ávidamente las señales de tierra” <sup>33</sup>. Entonces, a través del tal epígrafe, Gómez Valderrama inscribe su relato en ese contexto, pero no solo redefiniendo la presencia simbólica de esos seres, sino que además convirtiéndolos en un motivo que le permite, a través de sutiles variaciones, ir estratégicamente intensificando el curso angustioso y deseante de su breve relato. De hecho el emblema, parte de la cita, aparece cinco veces más, en momentos claves, durante la narración: “Había oído el aleteo de un pájaro”, “Pero ya se oyen volar los monstruos”, “De nuevo aleteó misteriosamente un pájaro”, “Aquel aleteo de pájaros fantasmas que pasa-

<sup>31</sup> *Supra*, pág. 8 y, además, nota 22.

<sup>32</sup> Corresponde a la última línea de la anotación del “Martes 9 de octubre”, CRISTÓBAL COLÓN, *op. cit.*, pág. 28. Esta mención en el *Diario* resulta ser todo un símbolo, como se verá inmediatamente, que Gómez Valderrama redefine.

<sup>33</sup> Y continúa así: “El jueves 11, los de *La Pinta* recogieron del mar « una caña y un palo y tomaron otro palillo labrado a lo que parecía con hierro, y un pedazo de caña y otra yerba que nace en tierra y una tablilla. Con estas señales respiraron y alegráronse todos ». Colón también sintió la general alegría. Después de la *Salve*, ya de noche, a la tenue luz de las linternas que salvan aquí un rostro, allá una mano de la oscuridad viviente donde estaban hacinados, Colón se puso a hablar a sus hombres de las cosas que se acercaban” ... . MADARIAGA, *op. cit.*, págs. 294-295.

ban se hacía ensordecedor” y, finalmente, Juan fantasea que traerá de regreso a España, como trofeo y prueba de su nueva condición, “una mujer-pájaro en una jaula”. Como se puede observar, el asunto va desde una simple constatación hasta confluír en la figura de un mito que une al pájaro con la mujer, cosa que más adelante se explicará por sí sola en estas páginas.

Desde el “Viernes 14 de septiembre” se multiplican en el registro colombino las señales (pájaros, hierbas, rabos de junco, maderos, etc.) que prometen que la tierra está próxima, “obsesión de tierra que desde su partida los poseía a todos”<sup>34</sup> y que Colón les había transmitido largamente<sup>35</sup>. Todo les parece, *in crescendo*, que indica eso, dándose ya muy temprano una primera falsa nueva, el “Martes 25 de septiembre” (“Estuvieron hasta la noche afirmando todos ser tierra”)<sup>36</sup>. Luego de comprobarse que no era tierra sino “cielo”, vuelven a aparecer más indicios, siempre con las aves como señal predilecta<sup>37</sup>. Las carabelas “andaban quien más podía por ver

<sup>34</sup> *Ibid.*, pág. 289.

<sup>35</sup> “Recordó [Juan], en cambio, la bota de vino que al llegar bebiera en un mesón con aquel hombre instruido, hablador de lenguas, a su llegada al puerto [de Palos]. Le pareció oírle hablar de nuevo, verle brillar los ojos al relatar los viajes fabulosos de Marco Polo y del señor Mandeville”, *Nnc*, pág. 57. Pero, como se sabe, la obsesión del Almirante es históricamente verificable mucho antes de la partida, ésta no hace más que coronarla: “La enorme fuerza interior de Cristóbal Colón es sorprendente, es capaz de entregar su vida a años y años de negociación, primero en Portugal y después en Castilla, ofreciendo un proyecto más que dudoso en aquellos tiempos [aunque, como dice Pérez Collados, estuviera para el futuro descubridor garantizado por sus conocimientos previos de las rutas exactas, etc.] y sin ceder, en ningún momento, en unas pretensiones personales sin precedentes que conducían siempre, inevitablemente, al fracaso de las conversaciones”, JOSÉ MARÍA PÉREZ COLLADOS, *El secreto de Colón*, en su *Las Indias en el pensamiento político de Fernando el Católico*, pág. 106.

<sup>36</sup> CRISTÓBAL COLÓN, *op. cit.*, págs. 23-24. TODOROV destaca igualmente este grado de obsesión de la aventura colombina: “En el mar, todas las señales indican la cercanía de la tierra, puesto que eso es lo que desea Colón. En tierra, todas las señales revelan la presencia del oro: también de eso está convencido de antemano”, aunque un poco antes dijera: “Colón ve” « señales » todos los días, y sin embargo ahora sabemos que esas señales mentían (o que no había señales), puesto que no llegarán a tierra sino el 12 de octubre, o sea, más de veinte días después”, *op. cit.*, pág. 29, con lo cual no hace sino reforzar el componente ilusorio del deseo, aquí en la figura central del Almirante.

<sup>37</sup> “Los pájaros constituían la mayor atracción y sus movimientos se solían observar e interpretar como señales de tierra cercana”, MADARIAGA, *op. cit.*, págs. 289-290. “Es ave de la mar, pero no posa en la mar ni se aparta de tierra veinte leguas. [...] Después vieron dos alcatraces. Los aires eran muy dulces y sabrosos, que diz que no faltaba sino oír al ruiseñor,

primero tierra”, incluyéndose otra falsa alarma, esta vez por parte de la Niña<sup>38</sup>.

El ansia aumenta en el *Diario* hasta convertirse en un descontento insufrible, en desesperación, como se hizo notar más arriba. Pero, en este proceso, “al correr de los días sobre el mar interminable, esta obsesión de tierra fue haciéndose cada vez más elemental; ya no era tanto el soporte de sus ensueños de fortuna, como el sólido elemento sobre el que reposa la vida de cada cual, segura contra las asechanzas del viento, de la tormenta y del desierto líquido”<sup>39</sup>. El deseo de tierra, en esta situación de desaliento, desamparo y deterioro, cambia de signo, ya no es la utopía en que se materializarán los sueños de fortuna y gloria, sino la utopía de la salvación (vital), aunque este acto de humildad se olvide posteriormente, una vez desembarcados y dando comienzo a los atropellos de la Conquista.

Es en este cambio de signo del deseo donde cobra toda su plenitud la narración marginal –en cuanto, se ha dicho antes, aparece descentrada respecto a la óptica acostumbrada– de los hechos por parte de Gómez Valderrama. Con el marco de la historia del primer viaje colombino y con la obsesión, un tanto heroico-religiosa que lo caracteriza, el cuentista colombiano enmarca su microhistoria: la de Juan, un marinero, en la que la figura del Almirante se dibuja siempre distante, en la lejanía, en la superficie –y no como él, Juan Rodríguez Bermejo, hacinado y “enfermo en su litera”–, inconvencional en la forma de su deseo; no en vano se lo menciona explícitamente sólo una vez en el relato: “Recordó,

---

y la mar llana como un río. Parecieron después en tres veces tres alcatraces y un forcado. Vieron mucha hierba”, CRISTÓBAL COLÓN, *op. cit.*, pág. 25.

<sup>38</sup> “Domingo 7 de octubre”, CRISTÓBAL COLÓN, *op. cit.*, pág. 27.

<sup>39</sup> MADARIAGA, *op. cit.*, pág. 289. Gómez Valderrama sigue en su relato, por medio de la conciencia afebrada de Juan, todos los motivos tradicionales en relación al asunto: la baja clase y el deseo de fortuna (“Trató de pensar en qué le había hecho embarcarse [...] ‘La noticia de su fuga tardaría en llegar a Palos’ [...] ‘Volvió a pensar en los techos de oro, en los vestidos de oro’) y éstos combinados con lo fantástico y/o utópico (‘Cuando vuelva con la ropa de oro del Preste Juan, cuando traiga cien esclavas de Cipango, y la faltriquera llena de joyas y de monedas de oro, y una mujer-pájaro en una jaula, y un tigre que guarde por la noche mi casa, llegaré en una nave extraña, y hablaré en cipangués’ ...), *Nnc*, págs. 56-57 y pág. 58, respectivamente.

noches antes bajo la luna, la silueta de Don Cristóbal, entrevista en la proa de la Nao capitana mirando hacia adelante, a la oscuridad”<sup>40</sup>. Ambos, sólo ellos, en vigilia<sup>41</sup>. Pero una vigilia alerta a tiempos contrarios: la de Colón hacia el futuro; la de Juan hacia el pasado, hacia los recuerdos con que satisfacer su hambre –en sus variados sentidos, aun el sexual<sup>42</sup>– presente. La obsesión de la tierra en Colón, invariablemente idealista; en Juan, invertida, ya en su estado elemental, y que Gómez Valderrama liga sabiamente a la actividad erótica –auto/erótica, en este caso, reforzando el sentido liminar de ella–, al deseo sexual, al deseo orgástico: “Todos estaban en silencio. Dormían. Sólo él, en ese instante, padecía los meses sin mujer”<sup>43</sup>.

Juan Rodríguez Bermejo, con la sensación de que esa noche van “a la muerte en medio del agua”, en su desesperación afiebrada que le hace decir: “No encontraremos tierra. Los pájaros son una mentira. La luz que al anochecer vio el Almirante, es la luz de la muerte”<sup>44</sup>, rememora su último episodio en tierra firme (la europea), horas antes de embarcarse en la aventura para Las Indias, cuando hizo el amor salvajemente en una “callejuela estrecha y en sombras” con la Mari-Juana de Moguer, una mujer de taberna y

<sup>40</sup> *Nnc*, pág. 56.

<sup>41</sup> “Las carabelas seguían bogando en la noche quieta y aquella tierra de su fe seguía irreveleada, indescubierta. ¿Existiría?, se preguntaban cien marineros escépticos hasta el fin, creyentes hasta el fin. Sí, contestaba él en firme silencio, solo en la oscuridad, siempre en vela”, narra a su vez MADARIAGA, *op. cit.*, pág. 295. Sin embargo, Gómez Valderrama se separa en este punto del biógrafo/historiador, puesto que no sustenta esa incondicional empatía entre el Almirante y la tripulación, que en la *Vida del muy magnífico señor...* hace de Colón un personaje de tipo mesiánico; por el contrario, en ¡Tierra...! es una ‘silueta’ solitaria, pero fuerte, que arrastra ansioso y silencioso sobre el mar el peso del descontento generalizado sin detenerse o volverse a convencer a nadie (ya lo había hecho, al comienzo de su empresa, ahora era cuestión de seguir adelante).

<sup>42</sup> La preocupación de Gómez Valderrama por el tema sexual, en especial los signos que indican alguna fuente de frustración, tanto en lo individual como en lo colectivo (social), es permanente, prácticamente todos sus relatos poseen este eje organizador. Alfredo Pavón estudia uno de esos ejemplos ofrecidos por la narrativa del escritor colombiano, *op. cit.*

<sup>43</sup> El autor da la clave del sentido biológico profundo (generativo) que tiene su proposición, puesto que inmediatamente agrega: “Los grumetes vergonzantes le asqueaban, y evitaba sus insinuaciones”, *Nnc*, pág. 58. *Cfr.* ROGER DADOUN, *op. cit.*, el capítulo que dedica al tema de la homosexualidad en el pensamiento reichiano, págs. 295-300.

<sup>44</sup> *Ibid.*, pág. 56.

asombrosa en el placer, y luego dio muerte a un “hombre borracho que trataba de arrancarlo de la mujer”<sup>45</sup>. Con este recuerdo, al que se le unen otros nombres de ‘hembras’ –*Giacomina la Napolitana* y *Sancha la Sevillana*–, Juan comienza a masturbarse (“su mano resbaló, húmeda, hacia su sexo”) impensadamente hasta que: “La mano de Rodríguez Bermejo tomó un lento vaivén sobre sus vergüenzas. La respiración se le aceleraba. [...] Los movimientos eran de una rapidez más apremiante. [...] El brazo poderoso se hacía femenino, tomaba el ritmo del golpe de las olas”<sup>46</sup>. En ese instante de angustia y excitación, a Juan se le produce un cambio importante, un resurgimiento en su fe elemental: “Tal vez nunca más veré una mujer, pero la Mari-Juana, la Mari-Juana de Cipango”, es decir, sobre la base de su pasado agonizante en ese presente dominado por la sensación de muerte, se le abre una especie de nuevo futuro (un renacimiento experimentado allí mismo, al borde de la muerte), definido ya en lo que tiene de esencial, en la expectativa de encontrar una mujer que será la misma y también otra, desconocida y, por eso, seductora, revitalizadora.

[Nótese el valor simbólico del nombre de la mujer: por una parte, el femenino de Juan, su desdoblamiento, el poder del deseo que hace presente lo que está en ausencia, el término distinto que por la cópula (fantaseada aquí) se funde y se iguala al otro plenificándolo, salvándolo de su fatal reducción a lo uno. Y, por otra parte, el reverso –aunque con el mismo ruego implícito de amparo y guía– de la estrella de la fe y emblema de la aventura colombina (la Santa María, la Virgen<sup>47</sup>), ya que adquiere el prefijo del nombre popular de la nao capitana, la “Mari-Galante”. Es importante dejar anotado, al menos, este paralelo, uno entre muchos, que contiene el relato del escritor colombiano: El Almirante y la Virgen María, cosa que está dentro del contexto de cruzada cristiana que lo anima<sup>48</sup>, pero que tiene otro alcance complementario. Colón es quien, con este gesto,

<sup>45</sup> *Ibid.*, pág. 57.

<sup>46</sup> *Ibid.*, pág. 58.

<sup>47</sup> ABEL POSSE describe así –dentro de su narración/versión paródica de los hechos y del personaje– este aspecto, al concluir el relato de la anécdota del hallazgo y posterior levantamiento del mástil por parte del “patrón y constructor de esa Gallega, esa María Galante que Colón revirginizaría con el nombre de Santa María”, *op. cit.*, pág. 25.

<sup>48</sup> *Cfr.* TODOROV, *op. cit.*

se convierte en el gran portador del culto mariano que rápidamente se extenderá en el Nuevo Mundo y cuyo impacto todavía hoy es algo vigente<sup>49</sup>, sobre todo si se piensa en que actualmente se invoca el nombre de la Virgen como sinónimo del de América para los propósitos católicos de la “Reevangelización” del continente, acción que oficialmente se dio por iniciada dentro del marco de la celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento. No obstante, este viaje de la Virgen y posterior desembarco a través del Almirante en las nuevas tierras, implica también una cierta coartada eufemizante de la invasión española. Eufemismo que Gómez Valderrama pone al descubierto por contraste, al ocuparse en su cuento no del Almirante y la Virgen –no del discurso espiritual, inspirador y justificatorio a la vez, visto desde una perspectiva ya tradicional–, sino de Juan y la prostituta, la de la memoria y la de la imaginación –de las motivaciones biológicas, aquellas donde el eros se juega afiebrado y agonizante su última esperanza, pasando a ser el personaje individualizado por su nombre una encarnación simbólica del deseo de sobrevivencia de su gente<sup>50</sup>. Colón y Juan, las dos caras de una misma acción: la conquista del Nuevo Mundo, siendo la del segundo erótica, esa “otra fiebre que, además de la del oro y la de la fama [y aun la de la religión], agitó incansablemente a los conquistadores españoles de América”<sup>51</sup>].

Gómez Valderrama hace coincidir el momento de éxtasis de Juan con el tan esperado avistamiento: “El espasmo templó rígidamente los músculos del cuerpo de Rodríguez Bermejo. Como de otro mundo, oyó la voz gruesa y gritada de Rodrigo de Triana que se entraba por la escotilla. « ¡Tierra! ...» Casi inconsciente, en medio de su propio frenesí, de la posesión de la Mari-Juana y de la

<sup>49</sup> Véanse para esto *Some Traditions of Devotion to Mary in Latin America*, en IVONE GEBARA and MARIA C. BINGEMER, *Mary: Mother of God, Mother of Poor*, págs. 128-135 (especialmente); y *El marianismo y la cultura latinoamericana o La virgen como símbolo del Nuevo Mundo*, en SONIA MONTECINO, *Madres y Huachos*, págs. 25-33 y 83-85, respectivamente.

<sup>50</sup> Deseo que podría reflejar una situación mayor, tal como la plantea Abel Posse al inicio de su novela, la del agotamiento vital de Occidente, que harto de sí mismo y de su danzas macabras, presentílo lo que después se lanzó a buscar: “Como un aire, un aura, un eros. Como una brisa tibia que ya pudiese haber llegado desde el Caribe”, *op. cit.*, pág. 11.

<sup>51</sup> RICARDO HERREN, *La conquista erótica de las Indias*, pág. 12.

Giacomina, Rodríguez Bermejo, enfermo en su litera, gritó, aulló llamando a todas sus mujeres: -Tierra ! Tierra ! ... !<sup>52</sup>. Con este gesto el autor sintetiza su trabajo con sus fuentes y sella su lectura/escritura interpretativa de los hechos, convirtiendo su cuento –su conjetura– en una pequeña metáfora del sentido copulativo, violento y biológico, que tuvo el encuentro entre España y América<sup>53</sup>, del que surgirán con los años temas como el exterminio de los indígenas, el mestizaje<sup>54</sup> y el colonialismo (comenzando por su aspecto emigratorio<sup>55</sup>), entre otros, que han sido ya extensamente un punto de partida o un resultado en los estudios especializados.

LUIS CORREA DÍAZ

Catholic University of America  
Washington, D. C., USA.

<sup>52</sup> *Nnc*, pág. 59.

<sup>53</sup> MADARIAGA entrega también una visión similar, aunque un poco eufemística, al decir: "¿Sería esta la tierra que el señor le había prometido [a Colón], la Tierra Prometida? Tenso silencio. Los marineros bebían la mezcla embriagadora de lo seguro, lo extraño y lo increíble [...]. La tierra a su vez estaba silenciosa, quizá dormida todavía, sorprendida en su lecho virginal por aquellos intrusos [...]. La tierra estaba quieta, viviendo su ensueño matinal como lo había hecho durante tantos siglos, en bendita ignorancia de lo que significaba aquella mañana fatal que cerraba para siempre una era de paz en los jardines de su alma", *op. cit.*, pág. 298. Una perspectiva no metafórica, y obviamente no eufemística, puede verse en ALFRED W. CROSBY (Jr.), *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*. También una observación de OCTAVIO PAZ revela todo el rigor de la crueldad (léase esta palabra especialmente en su sentido etimológico) del acontecimiento en este punto: "Si la Chingada [expresión popular mexicana que Paz analiza largamente] es una representación de la Madre violada, no me parece forzado asociarla a la Conquista, que fue también una violación, no solamente en el sentido histórico, sino en la carne misma de las indias [...]" "Doña Marina [ la Malinche, 'símbolo de la entrega'] se ha convertido en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles", *Los hijos de la Malinche, en El laberinto de la Soledad*, págs. 103-104.

<sup>54</sup> Después de documentar los hechos, enfatizando su frecuente marginación de las Historias oficiales, HERREN concluye: "Estos son sólo algunos ejemplos de la infatigable actividad genésica de los conquistadores españoles con mujeres americanas desde el Descubrimiento hasta mediados del siglo XVI, que en conjunto constituye, probablemente, el

## BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, ROLENA, *Discourses on Colonialism: Bernal Díaz, Las Casas, and the Twentieth-Century Reader*, en *Modern Language Notes*, 2 (March 1988), págs. 239-258.
- ADORNO, ROLENA, *Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos*, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 28 (2do. semestre de 1988), págs. 11-27.
- ARBELÁEZ, FERNANDO, (selección y prólogo), *Nuevos narradores colombianos*, Caracas, Monte Avila, 1968.
- AYALA POVEDA, FERNANDO, *Manual de literatura Colombiana*, Bogotá, Educar, 1984.
- BALAGUER, JOAQUÍN, *Colón, precursor literario*, en *Thesaurus* (Muestra Antológica 1945-1985), t. II, 1993, págs. 733-746.
- BARRIENTOS, JUAN JOSÉ, *Colón, personaje novelesco*, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 437, Noviembre 1986, págs. 45-62.
- BLOCK, DAVID, *Quincentennial Publishing: An Ocean of Print*, en *Latin American Research Review*, 3, vol. 29, 1994, págs. 101-128.
- COBO-BORDA, JUAN GUSTAVO, *Mito*, en *Manual de Literatura Colombiana*, Bogotá, Planeta, 1988, t. II, págs. 129-191.
- COLÓN, CRISTÓBAL, *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, (ed. y pról. de IGNACIO B. ANZOÁTEGUI), Madrid, Espasa-Calpe, 1977.
- CROSBY, ALFRED W. (Jr.), *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*, Westport, Connecticut, Greenwood press, 1972.

---

festín licencioso más grande y prolongado de la Historia. Casi cinco siglos más tarde, los frutos de aquel proceso de miscogeneración comenzado con este ejercicio maratónico del arte de amar están a la vista: decenas de millones de mestizos pueblan el continente americano como testimonio vivo del más gigantesco proceso de mezcla racial conocido que ha producido la Humanidad. Estos, relativamente, pocos varones españoles [entre ellos el Juan de Gómez Valderrama, seguramente] consiguieron cambiar, con hembras indígenas, la composición étnica del Nuevo Mundo: la absoluta mayoría indígena fue reemplazada, a lo largo de los siglos, por los mestizos. Hoy los indios puros son sólo una escueta minoría en el conjunto de Iberoamérica", *op. cit.*, pág. 13.

<sup>55</sup> Cfr. LEOPOLDO ZEA, *Emigración igual a Conquista y Ocupación*, pág. 13.

- DADOUN, ROGER, *Cien flores para Wilhelm Reich*, Barcelona, Anagrama, 1978.
- FORERO VILLEGAS, YOLANDA, *La otra raya del tigre de Pedro Gómez Valderrama: Discurso reestructurativo de la historia de la raza santandereana*, en JONATHAN TITTLER (ed.) *Violencia y Literatura en Colombia*, Madrid, Orígenes, 1989.
- GEBARA, IVONE and MARIA CLARA BINGEMER, *Some Traditions of Devotion to Mary in Latin America*, en su *Mary: Mother of God, Mother of the Poor*, trad. PHILLIP BERRYMAN, New York, Orbis Book, 1989, págs. 128-158.
- GENETTE, GERARD, *Palimpsestes*, Paris, Seuil, 1982.
- HERREN, RICARDO, *La Conquista erótica de las Indias*, Barcelona, Planeta, 1991.
- JARA, RENÉ, and NICHOLAS SPADACCINI (eds.), *1942-1992: Re/Discovering Colonial Writing*, Minnesota, University of Minnesota Press, 1991.
- MADARIAGA, SALVADOR DE, *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1956.
- Manual de Literatura Colombiana* (varios autores), Bogotá, Planeta, 1988, t. II.
- MONTECINO, SONIA, *Madres y Huachos: Alegorías del Mestizaje Chileno*, Santiago de Chile, Cuarto Propio, 1991.
- MORALES BENÍTEZ, OTTO, *Momentos de la literatura colombiana*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1991.
- MÖRNER, MAGNUS, *Race mixture in the history of Latin America*, Boston, Little Brown, 1967.
- O'GORMAN, EDMUNDO, *La invención de América: Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- PACHÓN PADILLA, EDUARDO, *El cuento. historia y análisis*, en *Manual de literatura colombiana*, Bogotá, Planeta, 1988, t. II, págs. 511-588.
- PASTOR, BEATRIZ, *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*, N. H., Ediciones del Norte, 1988.
- PASTOR, BEATRIZ, *Silence and writing. The History of the Conques*, en RENÉ JARA and NICHOLAS SPADACCINI (eds.), *1492-1992: Re/Discovering Colonial Writing*, Minnesota, University of Minnesota Press, 1991, págs. 121-163.
- PASTOR, BEATRIZ, *Utopía y Conquista*, en *Nuevo texto crítico*, 9-10 (1992), págs. 33-45.
- PAVÓN, ALFREDO, «*La aventura de la nieve*» o las deformaciones de la realidad, en *Texto crítico*, 36-37 (1987), págs. 106-122.

- PAZ, OCTAVIO, *El laberinto de la Soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- PÉREZ COLLADOS, JOSÉ MARÍA, *Las Indias en el pensamiento político de Fernando el Católico*, Zaragoza, Centro de estudios Borjanos, 1992.
- PORRAS COLLANTES, ERNESTO, *Bibliografía de la novela colombiana: con notas de contenido y crítica de las obras y guía de comentarios sobre los autores*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1976.
- POSADA, JAIME, *Evocación de Pedro Gómez Valderrama: Las ideas y las letras*, en *Lecturas Dominicales*, *El Tiempo*, Bogotá, 9 de Mayo de 1993, págs. 4-5.
- POSSE, ABEL, *Los perros del paraíso*, Buenos aires, Emecé, 1990.
- RICOEUR, PAUL, *The reality of the historical past*, Marquette University Press, 1984.
- RUIZ, JORGE E. y JUAN GUSTAVO COBO-BORDA (selección), *Ensayistas colombianos del siglo XX*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976.
- STAVANS, ILAN, *Imagining Columbus. The Literary Voyage*, New York, Twayne Publishers, 1993.
- TODOROV, TZVETAN, *La conquista de América: El problema del otro*, México, siglo XXI, 1989.
- TORRES SILVA, W. F., *Entrevista con Gómez Valderrama*, en *Quimera*, 9-10, julio-agosto de 1981, págs. 53-56.
- VALENCIA SOLANILLA, CÉSAR, *La novela colombiana contemporánea en la modernidad literaria*, en *Manual de literatura colombiana*, Bogotá, Planeta, 1988, t. II, págs. 463-510.
- ZAMORA, MARGARITA, *Las Casas y el Diario de Colón*, en *Hispanic Review*, 57 (1989), págs. 25-41.
- ZEA, LEOPOLDO, *Emigración igual a conquista y ocupación*, en *Cuadernos Americanos*, 37, enero-febrero de 1993, págs. 13-22.
- ZEA, LEOPOLDO, *El descubrimiento de América y su sentido actual*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.